

GUATEMALA EN EL AÑO 2000
O EL DESPERTAR DE UNA RAZA

Amalia, me place
haciendo el ejemplar
opaco de los puros tu
comentarios.

Agnus

Poncebolas

Primera edición, diciembre de 1950

IMPRESO Y HECHO EN MEXICO, D. F.

ING. GEORGE B. JOHNSON

GUATEMALA
EN EL AÑO 2000

O EL DESPERTAR DE UNA RAZA

TRADUCCION DE
REINALDO PONCE DE AVALOS

EDICIONES "IXIMCHE"

MÉXICO, D. F.

AÑO MCML

DEDICATORIA

Las siguientes páginas, que contienen nada más —ni nada menos— que las observaciones y reflexiones de un hombre que vivió en el país de Guatemala pulsando hasta las más íntimas fibras de sus hijos, son dedicadas a esos mismos hijos de élla, de quienes he tomado el material y a quienes pertenece, aunque lo dicho en aquéllas no es con carácter de exclusivo, habiendo además otros pueblos indígenas en el continente.

Si estas páginas pueden ser útiles a los hombres que las dedico, me daré por satisfecho. Si no, me daré también por satisfecho, habida cuenta que he cumplido un deber, con devoción y profundo amor.

Termino con mi agradecimiento al gobierno y a sus representantes en el ramo de Asistencia Social, lo mismo que a la entidad autónoma del Instituto Guatemalteco de Seguridad Social, quienes, por los puestos y empleos que casi ininterrumpidamente me dieron, favorecieron ésta mi tarea. Agradecimiento que hago no sólo en mi propio nombre, sino también en nombre de los oprimidos, y en el de los hombres aún interesados en restablecer en su mundo, que es el mundo de todos, el imperio de los principios eternos.

EL TRADUCTOR.

El principio de los valores espirituales recordado en medio de la inhumana lucha originada y mantenida por la negación de esos mismos valores, es como levantar una bandera que quiere ser blanca en la "tierra de nadie": un mundo de sangre, miseria y egoísmo...

Toda semejanza con personas vivientes o extintas, entidades verdaderas o "firmas comerciales" de Guatemala, se considera pura coincidencia.

DOS PALABRAS

Algunos —no creo que todos— de los que pueblan actualmente Guatemala deben saber y recordar que al Ingeniero en el ramo de energía atómica señor George B. Johnson, norteamericano de origen, y al grupo de ingenieros que trabajaron bajo sus órdenes, es a quienes debemos la magnífica planta de aprovechamiento de la energía nucleónica para fines industriales de la que tanto y merecidamente nos enorgullecemos, planta instalada de acuerdo con los planes e instrucciones de la compañía igualmente norteamericana Williams & Clark Ltd., a la que dicho ingeniero había dedicado un tercio de sus 39 años de edad que tenía él entonces.

Según algunas de las pocas personas que lo conocieron personalmente y que aún viven, nuestro ingeniero era uno de ojos oscuros y no azules (por tener buen porcentaje de sangre latina en sus venas), bien parecido, alto de cuerpo y, como ingeniero al fin, sólida complexión de atleta. Era optimista y, como una excepción, ya que hoy todo el mundo es de aspecto resignado y hasta estoico como paso final de las neurosis de moda en años pasados, era jovial y alegre. No era serio, pues, como aquellos contemporáneos suyos cuya seriedad era excusada por decirse que los hombres, debido a su dificultad de adaptarse a las siempre nuevas y cambiantes civilizaciones, se hacen psicóticos y neuropáticos, dando por descontado, supuesto y sobreentendido que los creadores, inventores u organizadores de aquellas civilizaciones fueron hombres perfectamente normales, lo cual queda por verse, pues ¿cómo siendo tales hombres pudieron inventar modos de civilizaciones inadaptables para la mayoría? ¿O querrán decir que esta mayoría era ya neurótica desde antes del advenimiento de la última modalidad? Pero, si revisamos las crónicas encontraremos que la verdad es al contrario: entre más retrocedemos en ellas, hallamos que los hombres fueron más y más cuerdos, sensatos y equilibrados, y viceversa. Ante estos comprobados hechos no cabe más que admitir que los dirigen-

tes del mundo moderno, inventores de esas cosas nuevas que siguen llamando civilizaciones, son los verdaderos anormales cuando fueron capaces de crear un ambiente artificial y del todo incompatible para la salud de las personas, a menos que éstas aceptasen sacrificar eso: salud y bienestar, lo que realmente hicieron para no "quedarse atrás", logrando con ello situarse a la altura de las nuevas y "refinadas" circunstancias, que es en donde hoy la vemos triunfante y neurópata. Y, efectivamente, ¿no son acaso las guerras las que crean o engendran nuevas formas de civilización: tanto más nuevas o radicales cuanto más universales o totales fueron ellas? Y estas guerras, ¿a quién se deben sino a los pocos que timonean el mundo? Y siendo, como es, que los hombres sanos, cuerdos y sensatos no recurren a mortal combate para dirigir desavenencias ni propias ni ajenas, significa y prueba que éstos que se dicen creadores u organizadores de civilizaciones son los anormales; y sus mal llamadas civilizaciones, que no son sino productos incontrolables de dichas guerras, vendrían a ser como el portal del padre de los manicomios por el cual la humanidad entera, como rebaño de carneros, ha pasado y sigue pasando voluntariamente, en el prodigio de su suicidio en masa...

Pero debemos volver a nuestro generoso ingeniero. Decía que era jovial y alegre, leal, y de franqueza varonil, porque sólo quien es consciente de su propia rectitud está dispuesto a reconocer el mismo atributo en sus semejantes; y, por último, completamente calvo, sin ser en esto excepción alguna. Al lado de las indicadas, sobresaltan en él una virtud más: la de poseer un agudo espíritu observador, cualidad ésta que en sus viajes por el mundo —no como turista, o sea los que viajan por el prurito de ser más miraderos que miradores, sino con intento estudioso y bien abiertos los ojos— aprendió a apreciar casi a golpe de vista las actuales características de un pueblo o de una raza, y a la que debemos los apuntes de este diario.

Porque, además de la planta, por acá se dejó algo más precioso si cabe que esa planta, como es su diario, de importancia grande a fe mía, que hoy me atrevo a dar a luz, arriesgando ser llamado indiscreto, para llevarlo al conocimiento de todos, de todos los que tengan ojos para ver y oídos para escuchar, tanto más cuanto que la generación actual apenas si ha oído hablar del estado de cosas de antes, cuando habían explotadores y, desde luego, explotados, pero explotados que a su vez eran explotadores de otros más mi-

serables que ellos, y éstos de otros, y así sucesivamente como en reacción encadenada; de aquellos días en que sólo había corazón para impulsar la sangre propia a las arterias, de allí a los capilares, de éstos a las venas y "vuelta pá atrás" al corazón, para empezar otra vez; de aquella época en la que... Pero no anticipemos nada: en su día será dicho todo en el buen lenguaje del ingeniero.

Lastimosamente subsiste aún, con todo y los largos años transcurridos, la interrogante del primer día: ¿Cómo es que pudo el ingeniero dejarse atrás sus propias memorias tan íntimas como trascendentales? Hasta la hora nadie ha logrado contestarla satisfactoriamente. Contra la opinión general, no creo que la causa haya sido un inocente olvido, ya que tenía por costumbre no sólo escribir día a día el relato de sus actividades e impresiones que recogía por el camino en sus largos, a veces emocionantes, y siempre fecundos viajes, sino que además los agregaba unos a otros como si fuesen capítulos de una sola obra. Y, en efecto, hay pruebas de que estaba escribiendo el Diario de su vida entera. Pero, ¿qué autor podrá ser tan descuidado como para olvidar episodios ya escritos de su obra? Y si a ello agregamos que tales episodios constituían la realidad de una época, y una realidad intensamente vivida por él mismo, como es el caso, vemos que su valor asciende a tesoro, y, sin duda, sus cuidados a celos. ¿Podía, en tales condiciones, olvidarse del mismo? No lo creo. Menos puede pensarse que lo haya dejado intencionalmente a determinada persona, no sólo por no haber adjuntado ni una sola de las numerosas fotos que, veremos en su día, tomó él mismo de muchos lugares, y lo cual era lógico esperar; sino también porque nadie otro aparece con derechos de propiedad, a pesar de haber agotado mis medios de averiguación. Más bien, por las circunstancias especiales, por no decir rodeadas de misterio, en que tal obra llegó a mis manos, me atrevería a afirmar que aquélla le fué hurtada por audaz ladrón confundiéndola seguramente con alguna billetera con la cual tiene, por su cubierta de cuero negro que presenta el original, gran semejanza. Si la verdad es ésta, podríamos —¿por qué no decirlo?— sentirnos hasta agradecidos a tal ladrón, pues de otro modo no vendríamos a conocer ahora tan interesantes experiencias.

Necesario será hacer observar, antes de seguir adelante, que no se trata de un sueño, como podrían creer los adolescentes, ni de florescencia de retórica, como opinarían los poetas equivocados, sino de científicos hechos históricos, como muchos hombres ahora

empezarán a ver, —y expuestos no sin pena: "Infadum, regina, jubes renovare dolorem". Por el contrario, supongo será obvio decir que el capitalista, por ejemplo, aceptará como cierto lo que se dice del obrero, pero no lo afirmado de sí mismo, y, por su parte, el obrero aceptará como bueno lo que se dice de aquél, mas rechazando la parte referente a él, y así todos los demás, dos a dos. Pero, "si el guiso es bueno para el ganso debe serlo igualmente para la gansa".

Pero, dejemos la palabra a dicho diario, al que me he limitado a traducir fielmente del original, sin haber puesto ni quitado rey. á descontado el subtítulo, del cual me adelanto a explicar que no se trata del despertar de la Consciencia Psíquica que los místicos llaman Iluminación, sino el despertar al sentimiento de hombres conscientes comprensivos de ésto y de aquéllo.

Finalmente, deseo pedir perdón al Ingeniero George B. Johnson por esta indiscreción mía, en caso de caer ella bajo su mirada. Pero sirva de excusa la importancia intrínseca del asunto y la intención que me guía, aunque no ignoro qui "s'excuse s'accuse".

Y para lo que haya omitido con ánimo de economizar papel remito al lector al preámbulo de Los Caracteres, de La Bruyère.

EL TRADUCTOR